

Anillo de jardines en Moscú

Caminé por la nieve de Moscú como por mi alma. Sentí los ojos de las muchachas, el pan negro y cálido, el vodka y el agua.

Vivíamos con Lily entre palomas y viejitas empañoladas en la Plaza Lermontov, que recordaba a un joven y melancólico poeta cuya figura se recortaba, como un verso, en las tardes de primavera. El culto a los poetas lo percibíamos como una auténtica tradición. Lermontov y Miguel Pushkin, lírico y joven, también muerto en duelo, fueron poetas florecidos de amor que alzaron sus poemas en el siglo XIX.

El departamento en que vivíamos, el 602, estaba ubicado en uno de esos siete edificios que ordenó construir Stalin y que con sus formas tradicionales y simétricas, como monumentos del régimen, se distribuyeron en cada capital de los países de la Europa Oriental como singulares sucursales del estilo y la concepción stalinianas.

Nuestra calle era Sadovo Spasskaya, uno de los tramos del Anillo de Jardines (Sadovo Kolso) de una impresionante ciudad concebida con una circulación particular, de tal manera que a primera vista del plano se observan grandes anillos que, partiendo de la Plaza Roja, se irradian hacia la periferia. En invierno era inevitable registrar, en el recorrido por el cordón, otra silueta de la poesía:

Maiakowski, imponente, revolucionario, con su levita blanca de tela de nieve, supervisaba sobre la multitud, en medio del río de una población que fluía, oscurecida o radiante -según la luminosidad del ánimo- desde las estaciones del Metro.

Aún veo los ojos brillantes de Lenin caminando a orillas del Neva, en la xilografía que llenaba en belleza y fuerza el comedor donde nosotros compartíamos el pan diario.

Siempre me arrepentiré de no haber tenido la voluntad y la disciplina para estudiar esa realidad soviética. Para empezar, no haberme dado el esfuerzo de aprender el idioma. Estaba en la trampa de creer que la dictadura chilena sería breve y me sentí -pese a la cordialidad y al trato fraterno del medio moscovita- siempre en tránsito.

Vivía, es cierto, con asombro, pero sin una capacidad de registro o de adecuada crítica y no sospeché jamás el derrumbe y sus dimensiones.

Caminé entre los soviéticos de la calle. Era uno más, pero extraño. No pude entender el lenguaje, la trama de todo lo que ahí estaba



La Torre Spasskaya, Moscú.

crujiendo. Ni una brizna de sospecha podía albergar en una vida que normalmente desarrollaban en el Detsky Mir -el Mundo de los Niños- en la avenida Kalinin, en el Parque Gorky o, simplemente, en el tranvía que yo solía tomar en Piatnitskaya, donde estaba ubicada la *Radio Moscú*.

De las impresionantes estaciones del Metro, mis preferidas eran: Mayakowskaya, donde funcionó el Estado Mayor durante la Segunda Guerra Mundial; Prospekt Marka, que palpataba como el órgano vital de la urbe, y la que estaba en los propios ámbitos de nuestro edificio, Lersmontovskaya, a la cual descendí en más de una ocasión, sólo para caminar por el andén como por un tranquilo museo.

En primavera o verano solía ir en las tardes a la Plaza de "nuestro" poeta Lermontov.

Al lado del monumento vi caminar soldados soviéticos con sus portafolios cargados de vodka, sus gorras caídas a cualquier lado, sin ostentación de su auténtica carga histórica.

Sin entender mucho, aún, la URSS recorre con fuerza y cariño mis recuerdos.

Hay palabras que se diría son gemelas. Basta que se pronuncie la palabra "paz" para que surja de inmediato la palabra "amor". La palabra "orden" se asocia con progreso y, últimamente, basta que se vea impresa la palabra "sexo" para que se la acompañe de inmediato con "violencia". Y yo me pregunto ¿qué tendrá que ver una con la otra, cuando el ejercicio del sexo puede llevar a la creación de vida y el ejercicio de la violencia puede llevar a la muerte?

Sin embargo, en el debate público que se lleva a través de los medios de comunicación y en el debate privado que se produce en el ámbito de los hogares, ambos términos se asocian como si fueran representativos del mismo mal y del mismo peligro.

El Consejo Nacional de Televisión se ha hecho eco de este debate y ha aprobado un conjunto de normas generales a las que deben atenerse las emisiones de TV, las cuales, por cierto, dicen relación con la exhibición excesiva del sexo y de la violencia.

La iniciativa es plausible. Sin embargo, echo de menos en esas normas, según la información de que disponemos, un elemento que siempre se les escapa a los abogados y sociólogos cuando pretenden establecer normas sobre tan delicadas materias. Me estoy refiriendo al valor redimible que puede tener la exhibición de escenas de sexo y violencia. Por ejemplo, su calidad artística o, también, su intención aleccionadora.

Hay un tipo de violencia que forma parte de nuestra tradición cultural cristiana. El relato de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo constituye un paradigma de violencia excesiva: los azotes recibidos, la carga de la pesada cruz en la que sería crucificado, los clavos que desgarran su carne, su sed y su agonía constituyen un despliegue de máxima violencia que es recordada por el mundo cristiano como el sacrificio por el cual el hombre fue redimido.

Si aplicáramos a la letra las normas del Consejo Nacional de Televisión ¿significaría que no podría exhibirse la representación en TV de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo?

Existe una escena en la historia del cine que es memorable y en la que se unen el sexo y la violencia. Es la escena de *La fuente de la doncella* de Bergman, en la que la adolescente es brutalmente violada. Hay ahí una exhibición de violencia excesiva y de sexo degenera-

do. ¿Qué es lo que la redime a pesar de ello? La forma en que la escena fue concebida por Bergman, esto es, su valor artístico.

Los ejemplos podrían multiplicarse y sólo cabe esperar que los miembros del Consejo Nacional de Televisión tengan el buen criterio de aplicar sanciones sólo a la exhibición de la violencia morbosa y gratuita o de un sexo que degrada uno de los atributos humanos más hermosos y dignos y que es una expresión de amor pleno.

Es de esperar que no se repita la penosa conducta de los miembros del anterior Consejo Nacional de Televisión, con su ridícula censura a "los senos soviéticos", y que en otra oportunidad frustró la posibilidad moralizadora de exhibir en una teleserie el daño que producía la droga en la juventud, al censurar una escena en que se veía a una colegiala fumando un pito de marihuana. Con esa censura se obligó a modificar la teleserie, impidiendo que se desarrollara el mensaje moralizador que se pretendía, porque ¿cómo es posible expresar lo dañino, enajenante y repudiable que es el mal sin mostrarlo?

Hay algo, sin embargo, que echo de menos en las nuevas normativas del Consejo. Nada se dice ni de la banalidad ni de la chabacanería que se enseñorean en algunos programas de televisión y cuya reiterada exhibición puede ser más dañina y embrutecedora que el sexo y la violencia.

*Dramaturgo.



Stone y Douglas en *Bajos instintos*.

La paz y el Rotary

Aquel amanecer del 1º de abril de 1939, las pocas campanas que quedaban en pie de entre las ruinas de España repicaron a rebato el final de la guerra. Para unos el sonido significaba la alegría; para otros, la derrota. Para España, la paz. Pero esa paz tenía un precio: un millón de muertos; casi un millón de mutilados y desaparecidos; una patria en ruinas...

Enterramos a nuestros seres queridos. Tragamos las lágrimas y las penas y nos dimos un abrazo. Empujamos la pala para retirar los escombros y hacer una España nueva. Y España surgió de nuevo, como el ave Fénix de sus cenizas.

Diez años después, recostado sobre la baranda del barco que me traía a América, la campana de a bordo

PALABRA DE

LECTOR

me volvió a la realidad. Sí, aquella línea horizontal que dividía el cielo y las aguas era mi España cada vez más distante. Mis lágrimas añadieron un poco más de sal al Atlántico.

Al año de permanecer en Buenos Aires, crucé por primera vez la cordillera. Ya en Santiago, las campanitas del carillón de La Merced fueron como un bálsamo para mi melancolía. Conocí otra etapa de mi vida.

En el Rotary somos, sencillamente, humanos. Y es un motivo de alegría para nosotros ayudar al que nos necesita y poder ofrecerle lo que podamos darle.

Nadie ha dicho que los objetivos del

Rotary sean fáciles, pues abarcan desde la opinión personal hasta la difícil meta: la paz entre los hombres de diferentes naciones y razas.

Hace poco tiempo escuché otra campana, que recordaba una fecha que estremeció a la humanidad y que ojalá no se repita jamás. La fecha: 6 de agosto de 1945. Las 8 y diez de la mañana: miles de niños japoneses que dormían sus felices sueños, despertaron tomados de la mano en el cielo.

¡¡No más Hiroshima!!

Enrique Parreño Herrera
SANTIAGO

Quinta Región

Con agrado cumplo con agradecer a LA NACION, a usted en particular y a su representante en la Quinta Región, la edición especial de cuatro

páginas que apareció el 17 de agosto, con ocasión del 39º aniversario de Asiva, y que contenía informaciones de verdadero interés sobre la Asociación Gremial de Industriales de la Quinta Región.

Es la primera vez que se hace esta publicación, muy bien diagramada, con una interesante entrevista al presidente de la institución y con el apoyo publicitario de algunos asociados.

Hemos quedado muy satisfechos y agradecidos.

Alfredo Droppelnam Croharé
Gerente de la Asociación Gremial de Industriales de la Quinta Región

No docentes y codocentes

Hay un proyecto de ley en la Cáma-

ra para incorporar a los "no docentes" al proceso de enseñanza. El proyecto es magnífico, por cuanto pretende integrar a todos los colaboradores de la educación que no son profesores en sentido estricto, tales como psicólogos, kinesiólogos, terapeutas ocupacionales, fonaudiólogos, asistentes sociales, paradoscentes y personal auxiliar.

Pero si se quiere integrar y dignificar a estos servidores, el término "no docentes" no es el más apropiado, porque es demasiado amplio y vago. Más digno y preciso podría ser el término de "codocente", que significa exactamente colaborador en la enseñanza. Tal vez a alguien se le ocurra otro mejor, aunque lo dudo. En todo caso, vale la pena discutirlo.

Gastón Logorbe
SANTIAGO